

Algunos conceptos preliminares

Por: Javier Gasparri - María Eugenia Martí

Resumen

Este trabajo recorre brevemente algunos conceptos teóricos clave intentando atenerse, al mismo tiempo, a su evolución histórica dentro del pensamiento filosófico occidental. La noción de sexualidad es abordada desde la perspectiva foucaultiana, y analizada en su historicidad y su relación con el biopoder. La idea de género es analizada desde las formulaciones teóricas feministas, especialmente desde Butler y su teoría de la performatividad. Finalmente, se aborda el concepto de identidad a partir de su doble pertenencia teórica – política, para plantear la importancia de pensar las políticas identitarias en términos de diversidad.

Abstract

This paper goes briefly through some key theoretic concepts trying, at the same time, to capture their historical evolution in occidental philosophical thinking. The notion of sexuality is taken into consideration from a foucaultian point of view, to analyze its historicity as well as its relationship with biopower. The idea of gender is analyzed from a feminist theoretic perspective, especially, from Butler's performativity theory. Finally, the concept of identity is seen from its double filiation, as a theoretical and political notion, to establish the importance of thinking the identity politics in terms of diversity.

Palabras Clave

SEXUALIDAD – GÉNERO – IDENTIDAD – DIVERSIDAD SEXUAL

Key Words

SEXUALITY – GENDER – IDENTITY – SEXUAL DIVERSITY

INTRODUCCIÓN

El modo en que hoy entendemos, teorizamos y discutimos conceptos como sexualidad, género, identidad y diversidad han tenido su momento de fundación teórica – aunque no su formulación efectiva – a fines del siglo XIX. Por lo tanto son el resultado de un largo proceso de construcción discursiva y cultural que ha tenido lugar en Occidente a partir del proceso de secularización que centralizó la autoridad del discurso científico (sustituyendo como nueva norma social a la antigua ética religiosa). En efecto, sólo podemos entender a estos conceptos como artefactos teóricos e históricos desarrollados gracias a las divisiones epistemológicas que generaron especializaciones disciplinarias múltiples de acuerdo con las variaciones coyunturales del siglo XX. Si bien las prácticas sexuales humanas siempre fueron objeto de reflexión cultural, sólo a partir de los últimos siglos se han vuelto una de las piedras angulares de la subjetividad humana. Por lo tanto, hoy han llegado a ser claves no sólo para el discurso académico, científico y político (desde el primer interés de la medicina, la psiquiatría, el derecho y la criminología hasta la sexología, el psicoanálisis, la antropología, los estudios feministas y finalmente los estudios queer contemporáneos) sino para la cotidianidad misma.

SEXUALIDAD

Es casi imposible hablar hoy de sexualidad sin remitirse al pensamiento de Michel Foucault, más precisamente la línea que comienza en Historia de la sexualidad, libro fundacional porque toda la literatura posterior sobre el tema siempre se remite a los conceptos que se inauguran allí. El planteamiento preliminar y fundamental de la teoría sobre la sexualidad de Foucault desmiente a la represión como reguladora de la experiencia sexual de las sociedades occidentales de los últimos siglos.

No trata de refutar la presencia de la represión en sí misma (cuya existencia y persistencia es innegable) sino de demostrar que también ha tenido lugar una continua y creciente puesta en discurso del sexo (o sea, una “voluntad de saber”) que obedece a una incitación ejercida por las

técnicas de poder (esto es: formas, canales, modos en los que el poder se infiltra en las conductas individuales para controlar el placer cotidiano) que más que restringir diseminan, implantando sexualidades no normativas. En vez de encerrar al sexo en el tabú se ha intentado sistematizarlo mediante una coerción a hablar sobre él. Es más: tal sistematización rigurosa y efectiva de los discursos sobre el sexo no se ha multiplicado fuera del poder o contra él, sino en el lugar mismo donde se ejercía y como medio de su ejercicio. Se lo constriñe a una existencia discursiva: desde el imperativo singular que a cada cual impone transformar su sexualidad en un permanente discurso hasta los mecanismos múltiples que, en el orden de la economía, de la pedagogía, de la medicina y de la justicia, incitan, extraen, arreglan e institucionalizan el discurso del sexo, dando lugar a lo que Foucault llamó *scientia sexualis*.

Cuatro grandes unidades estratégicas forjaron inicialmente la producción y proliferación de discursos sobre la sexualidad en cuya construcción el poder y el saber combinaron mecanismos y prácticas específicas: la pedagogización de la sexualidad infantil, la histerización del cuerpo de la mujer, la socialización del comportamiento procreativo y la psiquiatrización de los placeres perversos.

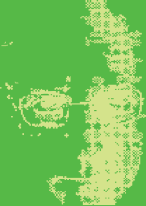
La *scientia sexualis* formuló un vasto sistema de anomalías y de perversiones, inaugurando una nueva grilla de clasificación para identificar a los sujetos bajo las distintas categorías de la sexualidad. Toda conducta podía ser catalogada a través de una medida de normalización y patologización. Foucault lo explica mediante la siguiente genealogía: “De los antiguos libertinos nace todo un pequeño pueblo, que desde fines del siglo XVIII hasta el XX, corren en los intersticios de la sociedad, perseguidos pero no siempre por las leyes, encerrados pero no siempre en las prisiones, enfermos quizá, pero escandalosas, peligrosas víctimas presas de un mal extraño que también lleva el nombre de vicio y a veces el de delito. Trátase de la innumerable familia de los perversos, vecinos de los delinquentes y parientes de los locos. A lo largo del siglo llevaron sucesivamente la marca de la ‘locura moral’, de la ‘neurosis genital’, de la ‘aberración del sentido genésico’, de la ‘degeneración’ y del ‘desequilibrio psíquico’” (Foucault, 2008: 42).

El privilegio característico del poder soberano (el viejo derecho de hacer morir o dejar vivir) fue reemplazado por el poder de hacer vivir o rechazar la muerte a partir del siglo XVII. Este poder sobre la vida (llamado por Foucault biopoder) se desarrolló en dos formas principales: las disciplinas del cuerpo y las regulaciones de la población. Éstas forman una tecnología de doble faz que es a la vez anatómica y biológica, individualizante y especificante, vuelta hacia las realizaciones del cuerpo y atenta a los procesos de la vida, y caracteriza a un poder cuya función ya no es matar sino invadir la vida enteramente. Si dicho poder se interesó particularmente en el sexo es porque éste constituye un punto de acceso a la vida del cuerpo y a la vida de la especie. Es utilizado como matriz de las disciplinas y principio de las regulaciones.

Sin embargo el sexo se encuentra bajo la dependencia histórica de la sexualidad. Y no hay que entender el sexo del lado de lo real y la sexualidad del lado de la abstracción sino al revés, esto es, la sexualidad es un dispositivo que creó mediante uno de sus principios internos de funcionamiento más esenciales a ese elemento imaginario que es el sexo y lo instauró como deseable, suscitando en cada uno de nosotros el imperativo de conocerlo, de sacar a la luz su ley y su poder, atándonos a ese mismo dispositivo que lo creó.

GÉNERO

De la misma manera que a la hora de adentrarnos en el concepto de sexualidad nos encontramos con la presencia recurrente del pensamiento de Foucault, para acercarnos a la noción de género, resulta imprescindible mencionar El género en disputa de Judith Butler que marcó, desde su publicación en 1990, un antes y un después en la forma de abordar teóricamente dicha noción. Considerado a posteriori como el texto fundacional de la teoría queer, se inscribe dentro de una persistente polémica que ha tenido lugar en el seno del movimiento feminista durante las últimas décadas acerca de la cuestión del sujeto del feminismo.



La dificultad que presenta para el feminismo definir un sujeto identitario de referencia quizá surja de su doble pertenencia como eje de reflexión teórica y como movimiento político con agendas determinadas. Es necesario tener en cuenta que el objeto de estudio que deben recortar para su reflexión teórica es en realidad un sujeto, y además, debe ser un sujeto identitario capaz de nuclear y sostener los reclamos de su agenda política. Durante décadas, tanto desde las posiciones históricas que abogan por la igualdad (Beauvior) como aquellas que han sido clasificadas como feminismo de la diferencia (Irigaray) el sujeto fue considerado La Mujer (sin salir del marco de la diferencia sexual), un recorte esencialista que será puesto en cuestión más tarde, a partir de la intervención de otras voces como Wittig, Anzaldúa, hooks, Califia, Rubin, para nombrar sólo algunas, quienes comienzan a pensar en Las Mujeres (con acento en la “ese” plural). Los aportes de estas teóricas han servido para considerar cómo las cuestiones de género y opresión no pueden ser separadas de otras instancias que las atraviesan: raza, etnia, clase, orientación sexual, religión, etc. Aún con estas nuevas perspectivas persistieron ciertas asunciones fossilizadas acerca de la identidad que Butler intentará poner en entredicho: para ella, como para otras teóricas del feminismo, principalmente de Lauretis, resulta indispensable volver sobre las distinciones binarias, sobre la noción de diferencia de sexos, aunque haya resultado tan productiva para el feminismo durante cierta cantidad del tiempo.

Butler pone en cuestión la persistencia de la noción según la cual el género se construye y el sexo es un dato biológico, natural, inalterable. La relación sexo – género no es la relación naturaleza – cultura. Siguiendo la línea iniciada por Foucault cuando dice que el sexo es una ficción generada por el dispositivo de sexualidad, Butler también pensará al sexo como un efecto, no una causa. Yendo contra la idea tradicional y profundamente arraigada según la cual la biología es una instancia dada (“la biología como destino”), afirma que el cuerpo no es materialidad pura, es decir, que no existe nunca como entidad prediscursiva: para que pueda ser inteligible, tiene que estar generizado. Es por eso que el género precede al sexo, entendiendo al género como una producción disciplinaria determinada por la matriz de inteligibilidad heterosexual: “Los géneros inteligibles son los que de alguna manera instauran y mantienen relaciones de coherencia y continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo” (Butler, 2007: 72). Butler demuestra que es la matriz de inteligibilidad heterosexual, entonces, la que crea ese efecto de continuidad y que tal relación de coherencia no es natural, necesaria ni absoluta, sino naturalizada. La construcción disciplinaria del género se realiza mediante performativos, enunciados típicos que hacen lo que dicen, y que hacen existir al género mediante su repetición¹.

El género, por lo tanto, es un efecto performativo que se experimenta como una identidad natural, mediante una repetición estilizada de actos, discursos, gestos, movimientos y deseos que escenificamos ritualmente hasta hacerlos naturales:

La performatividad no es un acto único, sino una repetición y un ritual que consigue su efecto a través de su naturalización en el contexto de un cuerpo, entendido, hasta cierto punto, como una duración temporal sostenida culturalmente (Butler, 2007:17)

Toda construcción de género se realiza en el marco de la matriz de inteligibilidad y no hay subjetividad posible fuera de la misma. Los ejemplos que plantea Butler –las parejas lésbicas butch/fem o las subversivas y paródicas performances drag-, si bien han causado cierta confusión, ya que se puede interpretar que en estas performances interviene la “elección”, demuestran la estructura construida, creada por repetición, que posee el género mismo. Evidencian que no hay imitación de un original, porque no hay original natural ontológicamente dado: una mujer y una drag crean su género

1. La teoría de la performatividad de género de Judith Butler parte de los postulados de la performatividad lingüística de Austin, cuando Butler habla de efecto performativo de género afirma que los actos, gestos y deseos que conforman a repetición el género son “performativos en el sentido de que la esencia o la identidad que pretenden afirmar son invenciones fabricadas y preservadas mediante signos corpóreos y otros medios discursivos. El hecho de que el cuerpo con género sea performativo muestra que no tiene una posición ontológica distinta de los diversos actos que conforman su realidad (...) En efecto, los actos y los gestos, los deseos organizados y realizados, crean la ilusión de un núcleo de género interior y organizador, ilusión preservada mediante el discurso con el propósito de regular la sexualidad dentro del marco obligatorio de la heterosexualidad reproductiva” (Butler, 2007:266-267).

mediante las mismas operaciones de repetición performativa. Por lo tanto, el género no es cuestión de elección, sino de necesidad para todo aquel que quiera tener una identidad inteligible en función de los sistemas de género vigentes.

IDENTIDAD / DIVERSIDAD

En el marco de las ciencias sociales el concepto de identidad cobra relevancia teórico – crítica, sobre todo en EEUU, a partir de mediados del siglo XX. Pero adquiere una gran potencia política en la década de 1970 gracias a las conquistas de los derechos humanos y civiles y en el marco del fenómeno generado por la visibilización de las diferencias. Más allá de la productividad que tuvo el concepto en ese momento, luego es puesto en cuestión, desmontado críticamente, y reconsiderado en su validez para la praxis política. Sin embargo, y pese a la deconstrucción teórica a la que se lo somete (debido a que todo embanderamiento identitario supone exclusión), es rescatado desde el esencialismo estratégico por su eficacia en el accionar político concreto.

En principio, desde las concepciones esencialistas, el concepto implicaba una descripción exterior y estática que funcionaba como atribución de una serie de rasgos inamovibles y determinantes; dichas posturas hacían abstracción del contexto relacional de individuos y grupos. De esta manera, por un lado, la perspectiva objetivista planteaba la identidad a partir de una serie de rasgos como propiedades esenciales, aisladas, dadas, capaces de marcar al individuo de manera casi indeleble, a partir de criterios determinantes y “objetivos”: la idea de “las raíces” –herencia, genealogía-, la lengua, la cultura, la religión, etc. Por otro lado, el punto de vista subjetivista intentaba no reducir la identidad a una dimensión atributiva, sino basarse en el sentimiento de pertenencia e identificación de los individuos, de acuerdo a las representaciones de la realidad que ellos mismos construyen, y no de una manera invariable e inmutable. Sin embargo, desde esta perspectiva, la identidad corría el riesgo de convertirse en una cuestión de elección individual y arbitraria.

Más tarde, las concepciones relacionales y situacionales entenderán la identidad como una construcción social (y no algo dado) que se lleva a cabo mediante un proceso de identificación en el cual interviene, necesariamente, la diferenciación, ya que la identidad está siempre en relación dialéctica con la alteridad. La identidad se construye en los intercambios sociales, de un modo constante. El proceso de identificación, por lo tanto, se da dentro de situaciones relacionales y puede evolucionar, cambiar, si las relaciones cambian. La identificación puede funcionar como afirmación (la autoidentidad definida por uno mismo) y como asignación (exoidentidad, definida por otros).

En consecuencia, se comienza a contemplar la identidad desde una perspectiva multidimensional, ya que si la identidad es resultado de una construcción social -y dada la complejidad de lo social- ésta no puede ser unidimensional. Por lo tanto, se define por su carácter fluctuante: está integrada por una pluralidad de referencias identificatorias, es variable, aunque no pierde su unicidad.

El concepto de identidad adquiere su relevancia porque pone en juego luchas sociales de clasificación para reproducir o invertir relaciones de dominación y poder (Bourdieu). Entonces la identidad se construye a través de las estrategias de los actores sociales para su accionar político. La autorrepresentación de un individuo mediante la cual construye su noción de pertenencia a algún grupo supone una estrategia, ya que identificarse con una colectividad es priorizar una identificación determinada sobre todas las demás posibles, puesto que en la práctica todos somos multidimensionales (Hobsbawm 1993: 47).



Judith Butler

La deliberación sobre el carácter construido de la identidad llevó a los teóricos, sobre todo en el marco del postestructuralismo y la teoría queer, a pensarla como un efecto y no como una causa (Butler 1990: 285), esto es, considerar que no se trata de una serie de atributos que determinan al sujeto sino que el sujeto mismo construye, mediante complejas prácticas y operaciones discursivas, el efecto de identidad que luego se incorpora, se naturaliza, en las propiedades “intrínsecas” que el sujeto supuestamente siempre tuvo.

Como toda identidad implica al mismo tiempo diferencia, y ésta generalmente produce exclusión, las estrategias de coalición de los grupos LGBTI intentan en primer lugar contener la diversidad para poder ser considerados sujetos de derecho. En este sentido, hablar de diversidad supone buscar la validación social de todas las construcciones identitarias, o sea de todas las diferencias, ya sean éstas de orientación sexual o de identidad de género.

BIBLIOGRAFÍA

- Albano, Sergio (2005): Foucault. Glosario de aplicaciones. Buenos Aires. Quadrata.
- Bourdieu, Pierre (1980): “La identidad y la representación: elementos para una reflexión crítica sobre la idea de región”, en *Ecuador debate*, N° 67, Quito, Abril 2006: 165–184. Disponible en línea: <http://hdl.handle.net/10469/1909>
- Butler, Judith (1990): *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona. Paidós, 2007.
- Butler, Judith (1993): *Cuerpos que importan*. Barcelona. Paidós, 2008.
- Cuche, Denys (2002): *La noción de cultura en las ciencias sociales*. Buenos Aires. Nueva Visión, 2004
- de Lauretis, Teresa (2000): *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid. horas y HORAS.
- Dorlin, Elsa (2009): *Sexo, género y sexualidades*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Foucault, Michel (1976): *Historia de la sexualidad: 1. La voluntad de saber*. Buenos Aires. Siglo XXI, 2008.
- Hobsbawm, Eric (1993): “Identidad”, en Silveira Gorski, Héctor (Comp.): *Identidades comunitarias y democracia*. Madrid. Trotta, 2000: 47–62.
- Larrauri Gómez, Maite (2001): *La sexualidad según Michel Foucault*. Valencia. Tàndem.
- Puppo, Flavia (Comp.) (1998): *Mercado de deseos*. Buenos Aires. La marca.
- Ríos, Rubén (2008): *Michel Foucault y la condición gay*. Buenos Aires. Campo de ideas.
- Spargo, Tamsin (2004): *Foucault y la teoría queer*. Barcelona. Gedisa.